

## La Otra.

Óscar Alonso Molina.

El programa *Conexiones* alcanza con esta exposición su sexta edición, presentando la primera gran muestra institucional en Madrid de una de las dibujantes más singulares de nuestro panorama nacional, Amparo Sard (Mallorca, 1973), quien sorprendentemente todavía no había disfrutado en la capital de una revisión por extenso de su trabajo hasta la fecha. Se trata de un proyecto específicamente pensado para la ocasión, con el que por fin se cubre la laguna existente en torno a la artista, quien expone habitualmente fuera de nuestras fronteras y cuya obra ha alcanzado un grado de madurez reconocido suficientemente tanto por la crítica como por el coleccionismo público y privado.

Bajo el título *La otra* se ha organizado esta selección de su trabajo en una exposición que ofrecerá al visitante una generosa panorámica sobre lo más característico de su particular método de dibujo y sus intereses temáticos, al tiempo que se presentarán sus últimos trabajos, realizados expresamente para esta muestra.

Al cabo, toda la producción de Amparo Sard podría ser entendida bajo el signo del dibujo, a pesar de lo poco convencionales que resultan sus variadas formulaciones, que incluyen la instalación, la *performance*, el vídeo y, por supuesto, esos papeles suyos tan característicos, donde la imagen emerge a la superficie y se hace visible a partir solamente de la punción del papel —sin ningún otro elemento gráfico añadido—, perforado cientos, miles de veces con agujas o puntas hasta abullonarlo y conferirle el aspecto de un bajorrelieve.

Sin embargo, y a pesar de la innegable sensualidad que desprenden estas piezas, convertidas por su propia

naturaleza en un reto para nuestra percepción, la obra de Sard por lo general destila una dominante conceptual que delata su vínculo con el mundo de las ideas. Es algo que se puede deducir sobre todo a partir de su compleja iconografía (espacios cerrados; agua, baños, elementos náuticos; autorretratos y mujeres con meriñaque; amputaciones, reflejos, desproporciones corporales...), o a partir de la articulación de sus series y escenas recurrentes, así como de esas continuas referencias internas que constituyen el hilo conductor de sus distintos trabajos, independientemente de la disciplina en que se formalice cada una de ellas.

El carácter etéreo y abierto de sus piezas a nivel material contrasta, así, con la intensidad de cuanto se describe en ellas: un mundo emocionalmente muy denso y complejo, habitado siempre por cierta mujer (ella misma, y al tiempo *la otra*) como protagonista central, enfrascada en acciones crípticas y desconcertantes, pero innegablemente sugerentes, e inscrita en un tiempo indeterminado donde elementos contemporáneos conviven con otros de carácter ambiguo o anacrónico. Como determina la dinámica del ciclo *Conexiones*, una vez más se ha buscado entre los fondos de las colecciones de Fundación Banco Santander y del Museo ABC dos obras a partir de las cuales entablar un diálogo íntimo con el

trabajo de la artista seleccionada. Este encuentro es el punto de partida para que desarrolle un proyecto específico de exposición.

La elección ha recaído esta vez sobre un soberbio lienzo de Gutiérrez Solana, procedente de la Colección Banco Santander, *El espejo de la muerte* (ca. 1929), que parece especialmente indicado para confrontarse con el personal mundo de obsesiones de Amparo Sard, mientras que de la Colección ABC nos llega un muy interesante dibujo de Grau Santos parafraseando el más célebre cuadro de su madre (*Un mundo*, fechado en

1929, y hoy expuesto en las salas del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía): *Homenaje a Ángeles Santos* (1984).

En este caso las piezas «invitadas» alcanzan un nivel de complicidad inesperado con el propio mundo de Sard, quien, para la ocasión, ha creado además una serie de grandes papeles. La truculencia y lo —literalmente— descarnado de la escena solanesca conjuga con el papel de Grau Santos muchas de las constantes en la poética de nuestra artista: desde las alteraciones del cuerpo, que pasan por su fragmentación, su anamorfosis o la exploración y exposición del interior, hasta la ordenación espacial de la caja escénica y la perspectiva, a modo de cubos dentro de cubos o de espacios que intersectan entre sí. La idea de inmaterialidad, tan ligada a la poética de Sard, se canaliza a partir de aquí hacia el territorio de lo fantasmagórico e incluso de lo espectral. Si en el caso del Grau Santos la idea de «otro mundo» se da en los márgenes de lo fantástico y del surrealismo que inspiró a su madre su desconcertante cuadro, el motivo de Gutiérrez Solana parece tener su origen en la perspectiva tétrica del cuento de Unamuno, *el espejo de la muerte* (1913). Publicado unos años antes de su realización, está inspirado, a su vez, en una leyenda popular madrileña, que narra la historia de la hija de un anticuario que encuentra la muerte repentinamente al verse reflejada en un espejo que su padre le había fabricado aprovechando un marco proveniente de una iglesia y que originalmente guardaba en su interior un cartón sobre el que se anotaban los nombres de los difuntos de la parroquia.

En este contexto las figuras y los escenarios creados por Sard, al borde de lo invisible, del más allá, cobran nuevas perspectivas de lectura, subrayándose así esos aspectos anímicos y procesos psíquicos que no se encarnan del

todo en los sentimientos o en las acciones, y que son precisamente los que a la artista tanto le interesan. Más que de la inmaterialidad de la otra vida, de la muerte y sus procesos (la descomposición, la vuelta al polvo y a la nada), que sin duda también están presentes como metáforas de fondo en esta exposición, plagada de apuntes existenciales, a Amparo Sard, como ahora se revelará al visitante de la exposición con toda contundencia, le interesan las cuestiones asociadas a la inmaterialidad específica de lo psicológico: «es darle el peso de la carne muerta, peso muerto, a algo tan liviano y etéreo como el alma», según sus propias palabras al respecto de los nuevos trabajos que presenta.

*La otra*, pues, es para Sard, y antes que nada, ella misma, sí, una vez más representada, como siempre en sus dibujos, con un sutil disfraz de distanciamiento, mientras lleva a cabo lo que en la realidad no puede hacer como cuerpo físico, material, tangible, pesado y mortal. Concreta y abstracta, porque también es *la otra* como metáfora de las ideas (sobre lo femenino, por ejemplo), de lo psicológico (el yo, el doble, la imagen del otro), y de lo mental. Incluso es otra más, ya ida, que desaparece ante nuestros ojos, aunque nunca del todo, para volver a aparecer sutil, lenta, discretamente... lejana, aurática, envuelta en el velo del misterio y la intangibilidad, de la pura indefinición.

*La otra* nos ofrece de este modo un incesante juego estroboscópico, un vaivén donde lo que creemos cierto está y no está, al mismo tiempo: una duda, una falsa certeza, un espejismo... Características habituales, por cierto, del asomar de la belleza en nuestro desquiciado presente, y a las que Amparo Sard no renuncia en absoluto, como se puede comprobar en esta tan esperada exposición suya.

